

Juan Goytisolo

Coto vedado



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1999
Segunda edición: 2015
Segunda reimpresión: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Juan Goytisolo y Herederos de Juan Goytisolo, 1985
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1999, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-9743-7
Depósito legal: M. 203-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Uno
171	Dos

*La lucidité est la blessure la plus
rapprochée du soleil.*

René Char

Uno

Espulgar genealogías se reduce a descubrir, dice el narrador socarrón del *Petersburgo* de Biely, la existencia final de linajes ilustres en las personas de Eva y Adán. Fuera de este hallazgo capital e incontrovertible, las arborescencias y frondosidades de los troncos materno y paterno no suelen prolongarse –con excepción quizá de unas cuantas familias de aristócratas– a ese limbo original pomposamente conocido por la noche de los tiempos. En mi caso –vástago, por ambos lados, de una común, ejemplar stirpe burguesa–, los informes tocantes a mis antecesores obtenidos durante mi infancia no se remontan más allá del siglo XIX. Pese a ello, mi padre, en uno de los arrebatos de grandeza que antecedían o preludiaban sus empresas y descalabros, se había forjado un escudo familiar en cuya composición figuraban, conforme a mis recuerdos, flores de lis y campos de gules: lo había trazado él mismo en un pergamino que lucía enmarcado en la galería de la casa de Torrentbó y era, según él, la demostración irrefutable de nuestros

orígenes nobiliarios. En las largas veladas veraniegas propicias a la evocación de temas íntimos y anécdotas remotas, mi tío Leopoldo acogía la exposición de los presuntos blasones con una expresión risueña y escéptica: apenas su hermano mayor había vuelto la espalda, nos confiaba sus sospechas de que el viaje sin retorno del bisabuelo de Lequeitio a Cuba, adonde fue muy joven e hizo rápidamente fortuna, obedeció tal vez a la necesidad de romper con un medio hostil a causa del estigma inicial de una procedencia bastarda. ¿Por qué si no, al enriquecerse y triunfar, se había establecido con gran fausto en Cataluña y no en el País Vasco? Aquel extrañamiento y ruptura con el resto de la familia es y será siempre un enigma. En cualquier caso, dirimía, lo del escudo y nobleza eran producto de la desbocada fantasía paterna: nuestros antepasados vizcaínos no habían pasado de hidalgos.

Sea cual fuere la verdad, el bisabuelo Agustín, cuya imponente y señorial estampa presidía en mi infancia el cónclave fantasmal de retratos de Torrentbó, se había convertido en uno de los magnates de la industria azucarera cubana gracias a su despiadada explotación de una mano de obra abundante y barata: la suministrada por los esclavos. La forma en que amasó en pocos años un capital inmenso revela un carácter duro y autoritario, poseído de la ambición y orgullo inherentes al mando y absolutamente seguro de sus derechos. Dueño del ingenio San Agustín, en el término municipal de Cruces, junto a Cienfuegos, adquirió también numerosas propiedades tanto en la isla como en la metrópoli. A los hábitos ordenados de su hijo Antonio debemos la conservación de un verdadero archivo de documentos –cartas personales, facturas, letras de

cambio, correspondencia comercial, resguardos, fotografías— que permitiría exhumar a un historiador interesado en los negocios, costumbres y tren de vida de una próspera familia de indianos, la ideología, creencias, aspiraciones de la antigua sacarocracia y el impacto en ellas de las vicisitudes políticas de la colonia desde las primeras luchas independentistas y abolición de la esclavitud a los acontecimientos que culminaron en la voladura del *Maine* e intervención directa de los norteamericanos. A través del correo dirigido a o desde Cuba, se puede reconstruir la movilidad atareada del bisabuelo entre Barcelona, La Habana y Cienfuegos; su decisión de confiar el cuidado del ingenio e intereses isleños a su hijo Agustín, mientras mi futuro abuelo Antonio y la «niña Trina» se acomodaban lujosamente en sus propiedades y fincas del principado; la larga lista de achaques de la bisabuela doña Estanisláa Digat y Lizarzaburu, paliados tan sólo por sus consoladoras prácticas religiosas y sentimientos devotos. Del efecto que en mí produjo el hallazgo tardío de estos materiales el lector podrá forjarse una idea recorriendo las páginas de *Señas de identidad* y, sobre todo, el primer capítulo de *Juan sin tierra*. El mito familiar, escrupulosamente alimentado por mi padre, se esfumó para siempre tras la cruda verdad de un universo de desmán y pillaje, desafueros revestidos de piedad, abusos y tropelías inconfesables. Una tenaz, soterrada impresión de culpa, residuo sin duda de la difunta moral católica, se sumó a mi ya aguda conciencia de la iniquidad social española e índole irremediablemente parasitaria, decadente e inane del mundo al que pertenecía. Acababa de descubrir la doctrina marxista y su descripción minuciosa de los privilegios y atropellos de la

burguesía se aplicaba como anillo al dedo a la realidad evocada en aquellos fajos marchitos de cartas.

Fue así como, a los veintitrés o veinticuatro años –coincidiendo, es verdad, con uno de los desastres financieros de mi padre que anduvo a pique de llevarnos a la ruina–, pasé a ser compañero de viaje del Partido Comunista clandestino. Mi decisión se debía tanto a la lectura apresurada de los folletos y libros que empezaban a circular bajo mano en España como a la ilustración contundente de los mismos por las efemérides, historial y altibajos de mi propia familia. El proceso revolucionario cubano, iniciado unos años más tarde, sería vivido así, íntimamente, como una estricta sanción histórica a los pasados crímenes de mi linaje, una experiencia liberadora que me ayudaría a desprenderme, con la entusiasta inserción en él, del pesado fardo que llevaba encima. La misiva incluida en el último capítulo de la novela que cierra mi trilogía es auténtica si bien, por razones de adaptación novelesca, introduje algunos cambios al transcribirla. Otras, igualmente acusadoras e hirientes, permanecen todavía en mis manos. Sin ánimo exhaustivo, a fin de restituir las emociones que suscitaron, me limitaré a reproducir aquellas cuya elocuencia me exime de cualquier comentario.

Cienfuegos, sbre 25 1873

Sr. D. Agustín Goytisoló

Querido amo, la presente es para poner en su conocimiento como hayer 24 le é entregado a el niño Agustín 300 p. oro para que me entregara la carta y dise que no me la puede dar yo hoy no le puedo ser útil a

consecuencia de mi enfermedar como sumersé sabe y espero de sumersé la diga algo sobre esto yo estoy en casa de Vizente y el es quien me mantiene y me paga los gastos de la botica y espero que sumersé le diga al niño Agustín que me la dé para ver si trasladándome a otro puerto puedo aliviar mi enfermedar pues estoy bastante fatal y si sumersé se quiere desengañar puede preguntar á personas de su confianza sin otra cosa les piden la bendición tanto a sumersé como a la niña Trinidad y demás familia esta su criada Factora Goytisoló.

Recuerde sumersé que U. me ofresió lá carta y yo viendo que sumersé se demoraba me é tenido que empañarme y bio que ni de ese modo no me la querendar no se que acerme pues si desea que yo baya a trabajar al campo y que tenga que dormir en el suelo me lo dirán eso será en recompensa de mis trabajos yo espero en sumersé y en la Virgen de la Carida mande a darme la carta la criandera F.G.

Cienfuegos 30 de julio 1882

Muy sr. mio penetrada del más profundo dolor participo a U. la funesta noticia de la pérdida de su negro biejo Cándido, mi amado esposo que pasó a gozar de mejor vida el día 23 del presente y así como por sus amables prendas ha causado un común sentimiento a toda la familia y amigos me persuado que también sentirá en el ánimo una igual pena suplico a U. le tenga presente en sus oraciones ofreciéndome con este

motivo a la disposición de U. en los precepto que fueran de su agrado. Dios guarde a U. muchos años

CEFERINA GOYTIZOLO

Cienfuegos, Abril 22 1884

Sr. D. Agustín Guaitisolo

Estimado amo mio, deseo que al recibo de esta se halle Vd. y toda la familia gozando de una perfecta salud como yo para mí deseo y que todo sea felicidades y a la Sra la bendición a la niña Fermina Trina Luisita Josefita Dios que la acompañe mil años y que le doy gracias a su hijo Agustín por los favores que me está haciendo aquí de una desgracia que me calló que después de Dios el me salvó y que mande a su criado que tiene muchos deseos de verlo más que escribirle y me hará favor de contestarme esta carta para vesarla en lugar de Vd. que no es mi amo sino mi padre.

VICENTE GOITISOLO

Pero estoy anticipando una lectura realizada muchos años más tarde. En las vacaciones veraniegas de mis primeros años de bachillerato, el pasado glorioso de la familia paterna se cifraba ante todo en las fotografías atabacadas, un tanto desvaídas, que daban testimonio de su magnificante esplendor. Las vistas del ingenio —el tren cañero con el rótulo Goytisolo y Montalvo, sus vagones listos para la zafra, el batey con los almacenes y viviendas de la negrada, la

sala de máquinas donde se llevaba a cabo la purga— y de las cuantiosas posesiones del bisabuelo —el palacete de Cienfuegos, el suntuoso chalé morisco edificado por él en el Ensanche de Barcelona, su inmueble de la plaza de Cataluña actual propiedad del Banco de Vizcaya— eran la prueba gráfica de una grandeza que aun desvanecida podía conferir —y confería a mi padre— una conciencia inmanente de superioridad. La colección encuadernada de la vieja *Ilustración Española y Americana*, pródiga en estampas de la época, grabados y daguerrotipos, concurría a elaborar mis fantasías ingenuas con las coordenadas espaciales e históricas en las que la epopeya familiar se inscribía. Las imágenes coloniales cubanas, fisionomía y vestimenta de los mambises, despedida popular de los voluntarios embarcados para La Habana son parte integrante de unos recuerdos caleidoscópicos estrechamente ligados a mi niñez. El mito y aventura cubanos cobrarían así en mis adentros, hasta la irrupción de la pubertad, la forma de un paraíso perdido, de un edén expuesto con nitidez ante mis ojos y esfumado después como por efecto de un espejismo.

El abuelo Antonio había contraído matrimonio en Cuba con la hija de una rica familia de indianos de origen anglomenorquín: esta dulce, clara, lejana Catalina Taltavull y Victory, cuyo retrato adolescente presagia su melancólica resignación al destino. Tras liquidar el patrimonio antillano, los Taltavull se habían afincado también en Barcelona, en donde el hermano de mi abuela llevó una vida despreocupada y alegre, severamente criticada por la rama colateral de la familia. En *La Habana para un Infante difunto*, Guillermo Cabrera Infante, al establecer la

lista de moradores de la antigua casa de vecindad en que se criara con sus padres y hermano, menciona de oídas a un negro Tartavul que debió de ser en realidad un Taltavull descendiente de algún esclavo de mi otro bisabuelo paterno, inscrito en el registro, conforme a los usos de aquel tiempo, con el apellido del amo. Esos Goytisoló y Taltavull existen aún en Cuba y mi hermano José Agustín se fotografió con uno de ellos, casualmente mi homónimo. En 1962, durante una breve escapada a la villa de Trinidad, cercana a Cienfuegos, oí hablar de otro Juan Goytisoló, famoso por sus artes de brujería, que acababa de refugiarse en el monte huyendo al parecer de la furia de algún marido ultrajado.

La reconstitución de la vida barcelonesa de mi familia vasco-cubana no resulta difícil: a los fajos bien ordenados de documentos y cartas del abuelo Antonio se añade, en la memoria, el poso de las apacibles evocaciones veraniegas de mi padre con sus hermanos Catalina y Leopoldo en la casa de Torrentbó. Por sus interminables charlas en el jardín o la galería, sé que mi tía abuela Trina, una imponente solterona bigotuda y católica que, según Leopoldo, tenía la pinta de un granadero, vivió rodeada de una pequeña corte de vicarios y canónigos, compadres de su vida regalada y beneficiarios de sus generosas limosnas. En su decorativo papel de perritos falderos, asistían a sus reuniones mundanas, le daban el brazo al cruzar la calle, sostenían con obsequiosidad su sombrilla: así, al fallecer ella, heredaron todos sus bienes, unas piadosísimas sanguijuelas, concluía el tío con expresión burlesca. Tía Catalina fingía no oír el comentario y, tumbada en su eterna chaise-longue, desgranaba, entre murmullos, las cuentas

de su rosario. El tema del tío abuelo Juan Taltavull, de su vida dispendiosa e inútil, era objeto también de comentarios y apostillas: en una ocasión, a fin de agasajar a sus invitados en su lujosa mansión de Caldetes, había reservado para ellos un tren especial en un arranque de megalomanía. Él y la tía Ángeles habían vivido ociosamente de sus rentas y, al mermar éstas, procedieron a vender poco a poco sus bienes hasta llegar a la situación inconfortable si no apurada en que les conocí: recluidos en un piso vasto y elegante de la Rambla de Cataluña, incapaces de mantener el rumbo y boato al que, para su desdicha, se habían acostumbrado. Ambos murieron después de la guerra y de sus cuatro hijos únicamente vi o traté a dos: la tía Mercedes y un varón, Juanito, que seguía los malos pasos del padre para vergüenza y escándalo de la familia. En el comedor de Torrentbó colgaba un retrato infantil del tío abuelo Juan, ridículamente vestido con chaquetín y calzones oscuros, acomodado en una especie de banquillo o taburete rojo: su expresión ceñuda y huraña, el empaque y esfuerzo del rostro, la sospechosa crispación de su postura incitarían a creer a un malpensado que fue sorprendido por el artista en el quehacer humilde de la defecación.

La figura de la abuela –paralela y simétrica en la inalterable disposición de los cuadros que adornaban la pieza– no guarda con él ningún parecido. Catalina Taltavull ofrece en ella la imagen de una adolescente delicada y suave, condenada por el código patriarcal de la sociedad en que vivía a un borroso papel de consorte fiel y sacrificada, víctima de una implacable sucesión de maternidades que segó prematuramente su vida. Embarazada con

regularidad por el abuelo Antonio, le dejó diez herederos, hembras y varones, al fallecer de sobreparto a los treinta y siete años. Su marido, al enviudar, se había consagrado con cristiana resignación a la prudente gestión de sus bienes y estricta educación de los hijos. Mientras su hermano Agustín se hacía cargo del patrimonio cubano y liquidaba el central azucarero de Cruces, improductivo y costoso después de los grandes cambios económicos y políticos originados por la lucha independentista e invasión norteamericana, él se ocupaba en mantener, falto del ímpetu arrollador del padre y de su infalible sentido de los negocios, su elevada posición social frente a la erosión paulatina del tiempo y mudanzas de la fortuna. Las relaciones con Cuba llenan una buena parte de la correspondencia de principios de siglo. Una misiva de su abogado, recién concluida la guerra con Estados Unidos, nos informa de modo sumamente significativo acerca del estado de ánimo de un sector de las clases acomodadas de la isla tras el choque de la derrota de España y amenazas de una revolución radical protagonizada por los mambises: «aun cuando la reconstrucción del país se va haciendo lentamente, porque hay todavía mucho majadero que habla de machete y de tiros, con lo cual sólo consigue amedrantar a los niños, lo positivo es que va adelante. Grandes empresas cambian de mano todos los días y el dinero del extranjero hará renacer la vida y el bienestar en estos campos de Cuba regados con tantas lágrimas y sangre. Sea cual fuere el porvenir de este país en el terreno político, si los americanos intervienen de una u otra manera en sus destinos, la isla prosperará».

Aunque el intercambio epistolar con Cuba se espacia al consumarse la división patrimonial entre los dos hermanos, los documentos que conciernen a la vida española presentan asimismo considerable interés. Por medio de ellos, podemos rehacer la existencia diaria de un indiano acaudalado, conservador, rígido y piadoso, cuya conducta, sentimientos e ideas me inspiran e inspiraron siempre profunda antipatía. Su proverbial mezquindad —establecida por cuantos le conocieron— admitía tan sólo una excepción en materias religiosas. Cuando tío Leopoldo comentaba que prefería patearse los cuartos en fiestas y fulanas como el tío Juan Taltavull a arruinarse como «otros» por mor de la Iglesia, el dardo apuntaba claramente a sus larguezas baldías. Tan excepcional generosidad no era con todo enteramente desinteresada: como un buen hijo de negociantes, obedecía a un cálculo de rentabilidad, si no inmediata y tangible, al menos metafísica. En pago a sus fieles y asiduos servicios a la causa eclesiástica, el Pontífice León XIII se había dignado conceder una indulgencia plenaria *in articulo mortis* para él, sus colaterales y descendientes hasta la tercera generación en un diploma que, con su fotografía, sello y firma lucía pomposamente enmarcado en la casa de Torrentbó. Si bien cabe pensar como mi tío, de forma un tanto pedestre, que aquella absolución de los pecados cuyo manto benigno me resguardaba de las penas infernales cualesquiera que fuesen mis crímenes debió costarle los ojos de la cara, la mirífica compensación ultraterrena resultaba para un creyente del temple del abuelo infinitamente más atractiva. Asegurar la eterna felicidad para sí y la familia revestía las apariencias de

una inversión sumamente rentable: la prolongación en el más allá de un sistema social inamovible y propicio, como ese paraíso imaginado por los nobles egipcios enterrados en el Valle de los Muertos y en cuyos hipogeos figuran dibujadas hermosísimas estampas de la vida regalada, colmada de manjares, bebidas, servidores y ofrendas, que les aguarda al abandonar este mundo. Reprocharle tal previsión –un verdadero seguro de muerte contraído para él y los suyos– sería no sólo superfluo e inoportuno sino una muestra chocante de ingratitude.

El carácter severo y altivo del abuelo, su viudez triste, la porfía con que somete a sus hijas e hijos a los rigores de una adusta educación religiosa se traslucen en la correspondencia con éstos en sus años de internado con los jesuitas o monjas del Sagrado Corazón. Los manuales de piedad de la época, lectura obligada de mis tíos durante sus vacaciones de verano, reflejan una curiosa concepción maniquea de un mundo partido entre Dios y el pecado, bastante más próxima al Génesis que a los Evangelios, cuyo conocimiento nos informa, mejor que cualquier análisis, del pensamiento ultramontano de nuestras clases pudientes en el período de la Restauración. Un manoseado ejemplar de la *Devoción a san José*, procedente de la biblioteca de Torrentbó y que casualmente tengo a mano en el momento de escribir estas líneas, recoge puntualmente una serie de milagros en los que la Justicia divina fulmina indiscriminadamente a librepensadores, blasfemos, sindicalistas, republicanos, masturbadores y enemigos del Papa: «En cierto pueblo ha ocurrido un ejemplo de la venganza del cielo. A eso del mediodía, el

señor Cura llevaba el santo Viático a un enfermo. Al salir de la iglesia pasó delante de un mesón donde había tres hombres sentados a la mesa. Dos se levantaron y descubrieron al ver al santísimo Sacramento; pero el otro, lejos de imitarles, empezó a burlarse de ellos, y creyendo dar muestras de valor y talento, pronunció una infame blasfemia contra Jesucristo y la santísima Virgen. Apenas el infeliz había acabado de proferir su blasfemia, cayó sin conocimiento en presencia de sus compañeros aterrados. Fuese por un médico, llamóse al vicario de la parroquia, y fueron inútiles todos los cuidados: por tres veces distintas acude el sacerdote a confesar al moribundo, pero siempre en vano. Su blasfemia fue su última palabra. Después de diez horas de agitarse en horribles convulsiones, expiró, habiéndose él mismo cortado la lengua con los dientes en su delirio». «Otro sujeto, muy aficionado a leer periódicos impíos, al ver a su hija, vestida de blanco, que iba a salir para trasladarse a una población vecina en que el señor Obispo administraba el sacramento de la Confirmación, se enfureció de tal manera, que arranca a su hija el velo y la guirnalda que llevaba, y la encierra en un cuarto. Al cabo de algunos días, un caballo desbocado, después de haber atravesado toda la población sin hacer daño a nadie, entra en la casa de este inconsiderado padre, lo derriba y lo pisotea, dejándolo muerto.»

Hombre de orden e inquieto por las convulsiones que sacudían a Barcelona en vísperas de la Semana Trágica, el abuelo había sostenido con entusiasmo la política represiva de Antonio Maura contra los agitadores y revoltosos que osaban perturbar la paz social. Recientemente,